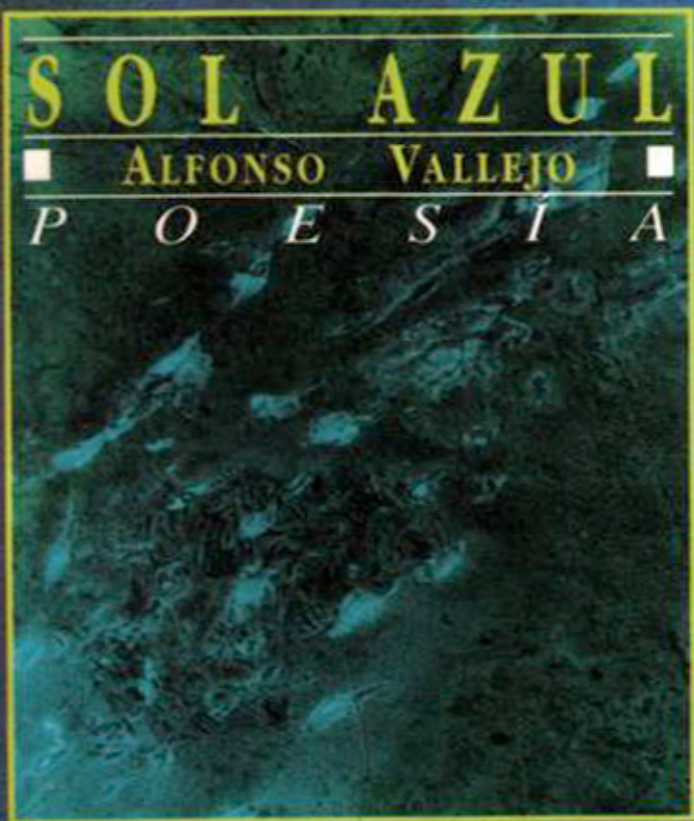


SOL AZUL

■ ALFONSO VALLEJO ■

P O E S I A



HUERGA  FIERRO
e d i t o r e s

© Alfonso Vallejo
Prólogo: Carlos Bousoño

Portada del libro: Óleo de Alfonso Vallejo. “Sol azul”

ISBN: 84-88564-45-7
Depósito legal: M-42113-1995

Diseño y maquetación: Francisco Ortiz Cuadrado

www.novtiz.es
e-mail: comercial@novtiz.es

Sol azul

Alfonso Vallejo

PRÓLOGO
CARLOS BOUSOÑO

PRÓLOGO

LA PROFESIÓN y la biografía de Alfonso Vallejo, como siempre o casi siempre ocurre, ha sido un fuerte estímulo, aunque de ninguna manera la causa, de su estilo. En efecto: precisamente porque la persona de este autor ha estado muy cerca del sufrimiento humano y de su destino mortal, su arte ha tendido a la expresión de la condición humana en su dimensión metafísica, la cual sin duda consiste fundamentalmente, en el hecho insoslayable y terrible de la inquietante ambigüedad con que se manifiesta este extraño ser al que llamamos «hombre», consciente, en todo caso, de que va a morir, pero que, al mismo tiempo, ignora lo que ocurre, o no ocurre, después de esta vida. ¿Hay acaso otra que redima y explique el sufrimiento y la angustia de nuestra condición?

Lo más sorprendente de Alfonso Vallejo es la amplia diversificación de su talento. Ha escrito bastantes obras de teatro de verdadero interés, que, en un panorama, como el español, hoy no muy rico en personalidades y obras escénicas, debería haber tenido una repercusión que, en cierto modo, se le ha escatimado. El carácter comercial del teatro explica en buena medida tal fenómeno, puesto que las obras de nuestro autor no serían fáciles para la mayoría de un posible público: el que paga la entrada para distraerse. Como tantos otros dramaturgos, Vallejo ha tenido que escribir para la sosegada lectura de sus obras más que para la contemplación que un impaciente espectador, destinatario verdadero de ellas, podría obtener desde una butaca.

Pero el esfuerzo artístico de Vallejo no se limita al teatro. El libro titulado «Sol azul» es una colección de poesías, la cual, pese al muy distinto género utilizado, resulta muy afín a su teatro: en ambas manifestaciones de su talento, la expresión rehuye todo realismo, en contra de la tendencia más practicada por la literatura de la posguerra.

Y no sólo eso. Frente a la dicción escueta y la aparente simplicidad lineal de la escritura poemática más frecuente hoy, se levanta el ímpetu vallejiano en una barroca multiplicidad de disparos simbólicos, ráfagas incesantes de una emocionalidad que se expresa por acumulación. Todo esto nos hace sentir la suya como una personalidad indiferente a la moda, a «lo que se lleva», lo cual es, en principio, un síntoma de autenticidad. Vallejo ha elegido el

más arduo modo de realizarse como artista: atender a la propia manera de ser, sin sentirse obligado a torcer o modificar ésta para moldearla sobre las estructuras ajenas de éxito más fácil. De manera que no nos es dable observar aquí nada de lo que hoy podría llamarse «escritura poéticamente correcta», sino escritura fiel exclusivamente a un llamamiento interior.

Yo no encuentro un modo mejor de alcanzar lo que todo poeta pretende: ser el que se es. La diana está ahí. El cazador se dispone a la faena. El resultado es este libro audaz y necesario.

CARLOS BOUSOÑO

Entraste en mi alma a saco
con la turbinas sueltas
y las aspas al galope

como un obús.

Viniste directo al corazón
con mazos y clavos invisibles,
descalza en la noche,
estrelladamente

con tu azul total.

Si pienso en ti, si recuerdo el impacto
de tu carne
contra el núcleo de mis huesos,
me asaltan soles rojos y negros,
bloques de hierro disparados,
blanquísimos tubos en acción.

Y es tu sangre tendida, tu sorpresa antigua
lo que viene a mí,
como un batiente furor
o una excitación sonora

sin control.

Por eso, con esta uña silenciosa que me queda
voy separando los tejidos por dentro,
buscándote en la memoria
de extremo a extremo
en los pliegues del tiempo.

Y ahí te encuentro,
metida en mis tuberías,
vibrándome
permanentemente a saco
como un tambor.

Un lagarto estrellado
observa el universo.
Un ave rasante enciende el cielo.

Una montaña veloz
se detiene por fin,
frenada por el tiempo,
Ventanas de par en par suceden a mesetas,
pájaros a barandillas,
zanjas a puertas.

Localizo mis huesos uno a uno desde dentro.
Un ventilador parado aspira el movimiento.
Microtúbulos de acero
cruzan la pared.

Primero un matemático vacío,
después un viento de plantas abiertas
como un tornillo hacia delante,
o un arpón que surcara un espacio sin fronteras.

Tengo un hueco por dentro
que no se llena jamás,
por dentro un vacío y una espuela
que se clava más y más.

Tengo un tornillo por dentro
que se hunde más y más
en agujeros sin respuesta
que no terminan jamás.

Por dentro un martillo en los huesos
con un clavo articular
que me abre boquetes negros
en el alma
sin cesar.

También túneles y pasillos,
pozos sin fondo,
esquinas ciegas,
y detrás,

una brutal intuición
de velocísima claridad inmóvil,
como un punto iluminado
a la que llamo Dios.

No se comprende nada
si no se pone pasión.
La razón para entender
necesita corazón.

Sin esperanza no hay vida
y sin calor no hay verdad.
La emoción vuelve certeza
la luz y la claridad.

Aquí deajo lo que soy,
el calcio de mi esqueleto
convertido en palabra
sobre un trozo de papel.

Aquí deajo mi memoria,
la materia de mi ser
transformada en tinta
sobre un trozo de papel.

Os lo deajo todo
lo que sentí y pensé,
mis pumas y serpientes,
mis palmeras y distancia,
mi alma abierta y entera,
punto a punto y letra a letra,
como la huella de un hombre
sobre un trozo de papel.

Detrás de detrás,
más allá de detrás.

Detrás de una ecuación en movimiento
como un látigo en acción.

Detrás de más allá,
detrás de detrás,
y también encima,
por debajo y arriba.

Como algo hermético y abierto
al mismo tiempo,
como si fuera luz
o también silencio
detrás
de todo aquello
que fuera sin ser
siendo
al mismo tiempo
tan oculto y misterioso
por dentro
y encima también

y también después
juntando el tiempo con el tiempo
punto a punto en un momento

detrás de más allá,
detrás de detrás,
detrás de todo,
por dentro, muy por dentro,

como una larguísima sensación animal, gigantesca, imparable,

que todo lo abarcara por entero
espacialmente en un instante

hasta el fondo,
como una iluminación.

Algo crece y avanza
ahí fuera,
algo palpita y espera
como un animal
a mí alrededor.

Siento su cuerpo invisible
deslizarse por las cosas,
recogido sobre sí,
dispuesto a saltar.
Oigo el ruido de su lejano silencio
entre la mente y el cuerpo,
hablándome por dentro
como un animal.

Y he querido atraparlo
escribiendo con mi sangre
sobre el blanco del papel,
he llegado a la raya del cero,
a la algebraica incertidumbre
por donde escapa el tiempo.

Pero ha sido inútil.
Huye de mí. Se esfuma, desaparece y vuela,
como un animal invisible
que crece y avanza
a mi alrededor.

Y sin embargo sé que está ahí fuera,
dentro de mí,
subiendo por mis circuitos más internos

como una intuición de imparable frescor,
o un volumen invisible
de rabiosa luz.

A las siete de la tarde
una chispa saltó
un veintitrés de Mayo
fijando el tiempo en Madrid.

En la esquina de Lagasca y Villanueva
una chispa saltó
dejando el mundo en suspenso
de principio a fin.

Una chispa saltó
interminable y eterna,
paralizada en el tiempo,
detenida en la retina
como un fantástico jardín
o una explosión de color
que sólo una retina

podiera imaginar.

Todo quedó inmóvil,
contemplando el silencio
de todas las estrellas quietas,
universalmente atentas,
conteniendo la respiración.

El martillo cayó
y una chispa saltó
a las siete de la tarde
deteniendo el tiempo en Madrid.

Después sólo quedó un olor magnético
a hierro y concepto,
a concentración de pensamiento humano,
a instante y deseo,
flotando por los jardines del Retiro,
recorriendo España entera,
saltando surcos y corteza,
abriendo los circuitos internos
de una metafísica y eléctrica
abstracción
en Madrid.

Me sigue un animal por dentro
sin cara ni espalda,
que no me deja vivir.

Me sigue un perro por dentro
de velocísimos dientes
que no me deja vivir.

Me corre por dentro un cangrejo carnicero
y una circulación de astillas
e incógnitas sin contemplación
que no me dejan vivir.

Llevo por dentro
un vacío de moléculas y estrellas,
una espiral por dentro
de hierros en acción,
como un impulso hacia delante
que no me deja vivir.

Y también en secreto
tengo por dentro un murmullo botánico
de pájaros y flores,
un sonido antiguo de voces queridas
que me siguen por dentro
como una sensación gigante de mar
volviéndose distancia,
ocupándolo todo,

llenando el espacio de mis huesos
de tiempo azul
siguiéndome por dentro
magnéticamente

como una fuerza retorcida volviéndose vida,

gozosamente
como una sombra interior.

De pronto
a las cuatro y cinco
de este veintitrés de julio,
inesperadamente
ha escapado el sentido
de toda la materia
y ha quedado la vida
sin interpretación.

De pronto
sin aviso previo,
se ha apagado todo a mi alrededor.

Aquí cerca
yace un pozo muerto
sin ventilación.
Más allá, en medio del esplendor
de la luz viva.
piedras, visceras móviles, paredes quietas,
permanecen incomprensiblemente
sin explicación.

Ha escapado bruscamente el sentido
y un silencio acerado de viga atravesada
ronda la cabeza
ante un paisaje vacío,
sin respuesta,
en medio del esplendor de la luz.

Son las cuatro y diez
y acaba de nacer un color.
Por fin un verde vegetal cierto,
naranja y azul como un latido.

Después un ruido
en los valles de Perales,
y un pájaro cortical, acústico y temporal
como un viento vegetal reconstruido celularmente
segundo a segundo.
Después un olor y un grito,
y un péndulo rapidísimo cortando lo invisible,
volviéndolo todo
metafísica cerebral,
interpretación
y sentido.

La gran aventura humana
es descubrir la verdad.
Observo el plato verde que nunca existió,
el lápiz invisible en medio del cuarto,
los huecos imprevistos que atacan la materia
desde ocultos microscopios blancos.

Miro el infinito espacio del tiempo
por la efímera hendidura que me ha tocado vivir.
Todo gira y crece, todo se transforma y estalla
matemáticamente
como un jeroglífico milagro permanente.
La cuerda rota, sin extremos,
colgada del suelo.

La cara serena del enfermo terminal
pensando el cielo.

La gran aventura humana
es el arte y la ciencia,
la justicia y la piedad.

Pero el gran salto de la mente,
el desafío genial
desde lo oscuro a lo vivo,
detrás de los nervios de las piedras,
más allá del dolor y el miedo,
después de las estrellas,
delante incluso del viento,
debajo incluso de la vida y el cerebro,
más allá de todo,
incluso detrás de la verdad,

es

descubrir a Dios.

Vengo de las tres,
vengo de la blanca muerte
y estoy vivo.

Vengo de la blanca luz,
la blanca agonía
y la esperanza.

Son las tres
y vengo
de una blanca planicie
donde se inicia el principio
y concluye el fin.

Me toco por dentro
y estoy vivo.
Plantas veloces
se desplazan por dentro
por redes multicolores
como un zumbido.
Siento mis latidos rojos,
blancos y azules,
subiendo por mí.
Me palpo el alma con los dedos,
agarro los pulsos,
tenso los nervios
y sueño
mi sonido hacia mañana,
hacia después y más lejos,
fuera del tiempo.

Sé que estás ahí,
vida,
brutal y silenciosa, rapidísima y lenta
como un milagro en acción.

Te siento en este vacío
que dejan las horas blancas
en la carne,
como un gatillo.

Detrás
algo irreconocible
que casi reconozco y siento

pero no comprendo.

Detrás
algo comprensible
que no entiendo
pero siento
con ultrasónicos receptores
que tengo
de cuando era célula de estanque,
lagarto o fiera.

Detrás
algo irreconocible
que adivino en movimiento
como un larguísimo misterio
de zorros y espinas.
Y el mar o el ruido de las aguas inventadas,
igual la maleza encarnizada
o el amplísimo viento de todas las almenas desplegadas.

Daba igual.

Detrás,
detrás de detrás
y más lejos
eso que presiento
detrás acercándose

como un bloque gigantesco
velocísimo,
un manantial florido
o un espacio sin lagunas ni tiempo
cayendo fulgurante sobre mí
en silencio.

Ahora sí,
porque un perro invisible me cuidaba
y una estrella ardía
en la oscuridad.

Sí, ahora sí,
el eco de los insectos y las púas
en el blanco horizonte
de trabéculas de hielo.

Y el cangrejo roto en negro
como un silencio transparente de alambre
desplegándose
por dentro
en el corazón.

Hoy sí, claro que sí,
hoy Cienfuegos y Antequera,
el largo suspiro de placer
grande como un gran acueducto
de viento y luz.

Y también la línea piramidal, la fuente compresiva,
el tacto leve, la mañana herida
corriendo en la memoria hacia delante
como un larguísimo silencio
de zorros y espinas.

Ahora, sí,
el mar y la maleza encarnizada
cruzando las almenas,
saltando precipicios y distancias
para hacerse impulso estrellado
brújula y acción.

Hablo hacia dentro,
hacia un hueco
que me suena en la carne
sin piedad.

Hablo como puedo
con los labios apretados,
tragando palabras
que llevo por dentro,
metidas en los huesos
como un animal.

Hablo en silencio
hacia un hueco que soy
sin serlo,
como un boquete o un vacío
que me suena en la carne por dentro,
hundiéndose en el alma,
cayendo por mí.

Es como una voz que rebotara en silencio
contra mis propias paredes
haciendo agujeros,
trazando túneles internos,
paisajes de partes solitarias
sin conexión.

Como un soliloquio sonoro
que yo me fuera diciendo
más allá de mí,
hacia otros seres solitarios
hablando hacia dentro,
haciendo sonar el alma
como un tambor.

Por un punto del silencio
observo un mundo de inmersión
que reconozco como mío.
Soy el espacio que me represento,
oscuramente aquí y ahora,
en este momento de las doce y diez,
con sus arpones y trócleas,
en un oasis retiniano
que confirmo con los dedos.

Ha muerto el reloj
y se ha detenido el viento junto a la pupila.
Soy la vida que me represento
molecularmente en el cerebro,
su resplandor y estallido,
la conciencia que identifico como propia,
atada a los circuitos
que me hacen ser.

Materia fugaz y viva,
dulce despertar, esquemático vapor florido,
aspas sangrientas en acción
hasta el fondo de mí mismo.

Me sigue un largo recorrido de extraños altavoces
que debo descifrar
entre ruidos neuronales
que interpreto como puedo.
Suena la lluvia y el fuego,
las pisadas de los perros
a mi alrededor.
Las voces de los míos, todos juntos,
sus presencias pasadas, sus sombras y cangrejos,
todo de golpe,
como una potente voz que fue
y sigue siendo.
Estoy aquí, fuera de un tiempo
que ha dejado de existir
de puro incomprensible
y eterno.

Soy.

Respiro, y sueño,

Vuelo.

El punto Paddington,
tan hermético y lejano,
como un círculo eléctrico sin significado,
tan fuera del tiempo.

La línea Paddington,
la frontera del sueño,
la soledad sin fin
siguiéndose en la oscuridad.

El mar de lejos, las cicatrices, los huecos,
las ausencias azules, los tornillos sueltos,
como un ancho río irreal
corriendo por la imaginación, la fantasía
y el recuerdo.

Los cartones solitarios
respiran,
hablan los bancos en el parque,
calla la tarde de Paddington
en la acera.

Y más allá,
tras un mundo de inmersión
que transporto por dentro,
más allá de la luz apagada y esparcida,
la vaina del tendón, la zona prodigal
y la vida,

la Paddington realidad interna.
creciendo a borbotones, salpicando la mente,
abierta a un pozo sin fondo,
como un largo recorrido de extraños altavoces

en acción.

Pregunté por Dios
y dijeron que arriba.
Luego por Satán
y respondieron que abajo.
Pregunté por mí después
y contestaron que dentro.

Pero quise entrar en mí y no pude
porque dentro habitaba un ser que no era nadie
y era yo al mismo tiempo.
Salí del punto mayor, del punto
irracional
hacia delante, del punto clave, del
jeroglífico caos ,salí
más allá de todas las distancias, detrás
de las direcciones, boté,
pensé
la idea circular, el punto tangente, la esencia fugaz dinamita,
fui.

Quise entrar y ya me había ido,
hacia alguien que no era casi yo
y había desaparecido entre cables
por la imaginación.

Me había ido ya
antes casi de llegar
a la propia conciencia.
Me acababa de marchar.

Pregunté por mi vida
y dijeron que delante.
Por mi sombra después.
Y la tenía detrás.
Pregunté por la verdad, el círculo y la escuadra,
el punto tangente, la idea circular, un ruido profundo

que llevo por dentro
como una acción de aspas sin concierto.

Y ya, por fin respondieron:
una oreja en cada muslo
y la boca donde caiga.

Después,
París y Hungría,
amar y volar muy lejos.

Pero coño, dijeron,
hijo ¿y tú por qué preguntas tanto?

Hoy irracional
para entender la razón;
animal,
dispuesto al hueso,
tiburón imaginario, circular,
rauco, ruco, rastro, semental,
como si llevara dentro un gran vacío de palabras
llenas de materia eléctrica
y fugaz.

Hoy agramatical completo,
para comprender lo que siento
directamente desde la corteza
al espacio superior del sueño,
la esperanza y la intuición.
Con asco políglota
y semántica ferocidad.
Nichts, mai, palestra total,
raujón, motero, eufónico y oleroso
como una sintáctica bacteria
mental.

Manolito Contreras,
el as de la carretera,
se sienta a mi lado.
Parece un metafísico chino sentado
al borde de una piedra
convertida en precipicio.
De pronto surge la sombra de un perro
re lleno de contenido azul.
Se llama Psss y responde en español
a ladridos.

Un Alzheimer cercano, ya sin palabra,
dice adiós a un Dios,
semánticamente muerto.

Mientras,
el peso concreto
de la cola Cervantes
se vuelve concepto
y una metafísica interpretación verbal
gatea por las ramas y circuitos,
transformando en palabra,
un mundo agramatical, irracional,
animal

y estupendo.

Es invierno,
dos de agosto
de mil novecientos cero.
Martillos minerales
clavan vigas
en el cielo.

Son las cinco en punto en paquetes
y suena el frío.
Trozos de hielo
resbalan por el alma
camino del invierno.

Una rótula sangrante
circula por el cielo
y está tendida el alma
a ras de la carne
clavada en el suelo.

Detengo el tiempo un instante
y busco por dentro
un trozo de cuerda viva
para medir el silencio.
Encuentro un espacio memorial inmenso
y una puerta abierta,
campos en acción
y macetas llenas.

Es verano
dos de agosto
de mil novecientos cero.
Son las cinco en punto en paquetes
y suena el sol.

Lo tuyo
nadie lo hará por ti.
Hazlo.

Y lo que tengas que decir,
lo tuyo de verdad,
nadie lo dirá por ti.

Tú irás golpeando lo negro
con tu lámpara ciega,
tu temperatura y dolor

y a través de invisibles hilos conductores
extraños animales impensados
entrarán hasta dentro
con la tinta
por la pluma y el papel.

Pero no te importe.
Tú di lo tuyo con lengua y encías,
con tu garganta y tendones,
gritando si hace falta
como sólo tú puedes gritar.

Esa desolación de poleas rocas, girando en seco,
el rancho prodigalia, la huerta blanca,
la neológica marea, el palenque entero, la grasa,
la olmeda y el que alma que transportas
como un enigmático impulso
sólo te pertenecen a ti.

Empieza ya.
Dilo, hazlo, exprésate a zancadas
con suelas urgentes
y pasión.
Urgete, hazte, descúbrete,
sé tú hasta el fin.

Lo tuyo
nadie lo hará por ti.

Hoy no dura el tiempo
y llega un silencio
que no volverá mañana
hasta ayer
de nuevo.

Surges palabra
de paz, amor,
y vuelas alto
a largas flechas sin destino.

Hoy ayer
e instante,
martírico vuelo incomprensible,
rápido, cruzo, tardo, pargo, largo y audaz
como una roja longitud
o rápida fiebre amarilla.

Hoy ritmo, nadie, comprende,
hoy sol-rama, punto, coma, letra, luna
luz centella, inspiración
o verdad.

Hoy dura poco el reloj, sí, casi nada,
instante que no cesa, lejano silencio,
más allá del espacio entero

hacia un tiempo
sin edad.

Más allá de un árbol
nace una esfera.
Me remito al trazo búlgaro, a la camisa
de brazos rotos
y a la blanca estera que compartimos en sueños,

Descuelga y escucha.
Quiero hablarte así, como salga,
a la ruta, al largo portón de decibélicas estrías,
a la parma, a la tota, con los plexos y las zonas alejadas
muy juntas
como si fuéramos uno en dos.

Aquí al lado mío tengo un saco de palabras
en forma de universo irracional.
Radico en la entrada azul, cubro las esquinas con todos
[mis huesos,
parece una defensa capital
de algo que se escapara como el fuego.

Cógelos. Agarra las fibras, manipula los tendones y los nervios
y aunque parezca una historia de luchas y golpes escucha .

Más allá de un árbol
nace una esfera gigantesca, inventada, esplendorosa y móvil,
Me remito al trazo búlgaro entre tú y yo, a la camisa
[ensangrentada
y al amor.
Sé que lo guardas.

Un espacio vacío
en medio de las dunas.
Teléfonos que no suenan.
Camisas de brazos rotos
y un huerto velocísimo y azul
por fin.

La vida abierta, salpicada y sangrante,
una estera inmóvil al sol
y un hocico negro
de perro muerto investigador
hundido en la tierra.

No entiendo.

Por siempre donde paso,
sueno,
por más que nunca, miedo, desorden por menos
de antes que se rompe,
duelo caos
que se vuelve palpitante
vida en acción.

Por traco-moto quizás, sí, aquí
calambre, allí huida, parludel
de umbría, confusión
real
que penetra en la cabeza
como un estilete.

Y después raco, rico, parto-mato, ay,
la lengua sin traba lanzada al vacío
de su propio peso
y plena,
raspando minutos, volando más allá,

Por más que luego-después, surge la pregunta
cuchara,
el enigma, la cuestión incuestionable, la respuesta
inacabada
la duda, salvatrás. Razono, no entiendo.
Pero casi comprendo
a veces
cuando grito desesperadamente
y escucho

tu voz.

Veinte de febrero
y llueve bajo el mar.
Un planeta cruza el tiempo
hacia lo más hondo,
la lluvia interna y el miedo.

De pie, frente a mí, una extraña ausencia de ti,
referencia eléctrica,
nivel enjambre y altitud.

Veinte de febrero del noventa y seis,
llueve por debajo del cero sin piedad
y una inmensa playa de tristeza
resbala por el aire
girando en seco.

Te veo. Entre
parabrisas húmedos
y zonas huecas sin mango,
aquí, bajo el mar,
siento gota a gota
tu cuerpo entero
como una marea celular
o un aluvión de sangre cayendo en bloque
sobre un número partido.

Pueden ser las nueve
o las cero en punto, las nada o todo
al mismo tiempo bajo el mar.
Pero eres tú. Intuyo tu cuerpo entre las olas
tu trepidación de espuma y suelo,
tu vuelo de tachuelas fantásticas y dardos encendidos
hacia mí

que te observo entre esta submarina lluvia irreal
a través del tiempo,
medio muerto
bajo el mar.

Trae goma de borrar carne
y borra
lo negro de dentro,
cuerda para coser alma,
grapas y clavos de hueso.

Bórrame lo negro,
sin tocar lo blanco,
arráncame lo oscuro
sin apagar el fuego.

A los pájaros internos
déjalos sueltos.
Que vuelen libres
hacia velocísimos trayectos
de espacios abiertos.

Y a lo que queda después,
a las solitarias huellas y a la sombra
con goma de borrar dolor

quítale lo negro.

Un vacío que nadie llena jamás,
una sed que no se sacia,
un calambre hacia delante
tirando sin compasión.

Algo irrealizable
que vuela
y suena
delante de sí,
como un sistema de garras y escorpiones,
barcos velocísimos o técnica amarilla,
un intenso sufrimiento
y profundo placer.

Esta soldadura delantera
del hombre a sí mismo,
a su encrucijada móvil, a su régimen mental batiente,
a sus anclas, soporte y punzón.

Este choque, esta confrontación
de todas las cañerías y sistemas
hacia delante, hacia más,
hacia otras tuberías ulteriores
contra muros silenciosos,
como un levantamiento de fuerzas
más allá de sí.

Eso es vivir.

Algo que no sucede nunca
y sucede sin embargo,
que ocurre sin ocurrir,
ni ser ni estar.

Algo por dentro
que no pasa ni sucede,
pero ocurre sin embargo
detrás,
por dentro,
en la oscuridad.

Como una historia de siglos y segundos
contada por cien manos mudas
y mil alientos ciegos,
como un lecho partido,
dolor a saltos
y estrellas vivas sueltas
por la imaginación.

Un rastro más
que pasa de nuevo,
tiempo cruzando, cayendo,
aplastando el espacio
como una acción de bisel.

Y también algo ahí,
permanente,
como un extraño desplazamiento,
un volumen incongruente,
la línea verdugo
cubriendo el viento,
tiempo pasando, penetrando la pie

como un sol benefactor.

Me voy a callar por dentro
como un animal muerto,
A callarme en silencio,
animalmente,
como un perro sin sonido.

Algún día conseguiré
no tener que expresar nada
y podré callarme
por fin
de arriba hasta abajo, por entero,
ladrido a ladrido.

Y hablar entonces hacia dentro,
hacia el hueco y el hueso,
hacia el fondo de mi mismo,
molecularmente hacia atrás,
hacia la espalda del tiempo
convertido en memoria.

Hacia una ecuación
que se desplaza hacia dentro,
hacia un espacio sin tiempo,

detrás de lo que soy.

El lado tendal,
la escalada clave
y un espacio de alquitrán,

En este separamiento, esta escisión,
este gradiente y rompimiento,
certain,
en este impacto doloroso
del sol contra el cristal, más allá,
salir,
volar.

El punto bastida, como una astilla,
un boquete de luz, ahí,
como un filo en acción,
puentes carniceros, el límite obtuso,
el punto torcido que escapa,
la tracción que soy
y tira de mí.

Algo ahí delante
que apenas distingo y siento,
como un bulto que ignoro
o una acción que me espera,
que escapa a las letras
y se va.

Salir, soñar,
volar,
más allá,
lejos de esta pulsión,
de este engranaje
como cepo en seco,
calibre metal que avanza, pasa

y se va.

Salir, soñar,
y de un impulso radical,
a manos llenas,
de un prodigioso salto cendal

amar...

amar.

Un madero cayó
y chocó contra el suelo.
Un estallido silencioso cruzó de pronto lo blanco
volviendo negro lo negro,
inmóvil lo impasible,
y cierto el recuerdo pulverizado.
Un hilo de cobre descendió entonces
punto a punto
desde el centro mismo del calor.
Ya no tendría que esperar las puertas
ni los sonidos del cuarto, ni la madera de todos los tableros.

Tan sólo un sistema blanco para recordar lo oscuro,
su hermetismo blindado.
Tan sólo el enigma vericuerdo,
el punto yugular detrás de la pared.

Chocó contra el suelo
casi sin ruido.
Y tuve que llegar al impacto de la sangre,
incluso al olvido,
a la ecuación del punto central nuestro.

Tan sólo tu corazón bueno iluminaba mi bola en el océano,
tú, como un resquicio incomprensible dentro,
una aparición o un eco.

Pero lo sabía. Ya no tendría que atender a los picaportes
ni al roce de los hocicos, ni a los dientes,
ni al miedo.

Tan sólo a ti, a tu presencia en las esquinas,
en los manteles y cucharas, en las piedras
y aquí dentro.

Me hallo sin mí al lado
desde el otro extremo.
Estoy aquí pero no soy,
parezco vivo pero casi he muerto,
tan múltiple de vida imaginaria.

Hago sin hacer,
a veces haciendo.
Siento sintiendo más,
artífice del no ser, siendo,
soy el otro, el de más allá,
pero el mismo por dentro, ciento.
Soy sin ser, siendo más allá de mí,
hacia un enigmático punto en acción
que me adelanta, calambre eléctrico,
como un tornillo
hacia dentro.

Mi país se va, huye de mí,
se escapó del continente
y va camino de otro océano,
arrastrándome, cierto.
Soy sin ser, siendo,
estoy sin estar, presente pero ausente,
paso por el cuchillo, escribo, pienso, me detengo,
observo un ser combinado que me ocupa.
He llegado hasta aquí pero también me he ido,
casi sin venir, contradictoriamente todavía.

Soy éste de detrás, después del otro,
afirmo y dudo, toco mi sombra y pienso
¿soy éste de después?
Estoy aquí pero no soy, sólo vuelo, lejos, parto,
razono y siento, avanzo inmóvil, si me paro
sigo, me detengo, sin estar al mismo tiempo,

pienso en ti, ligero

sueño.

Un hueco delante se abre de tiempo. Rica, razo, tiza, nira.
Todo incomprensible casi, agramático, sin magma lírico,
enigmático, profundo en silencio propio, todo cierto,
indudable pero opaco, inmóvil y callado,
girando a gran velocidad.

Y dan ganas de no hablar, de no pensar ni sentir,
ganas de no entender nada, de ignorar todo,
como un significado por fin quieto,
igual que un poste. Ya no, nada,
se acabó el esfuerzo. Por rotura
o terminación. Por cansancio o simplemente
restricción.

Alto alrededor mudo por el campo entero.
Una lagartija sin embargo recorre el suelo.
Sopla un viento certero, asintáctico, sin secuencia.
Pero una trabazón celular sin embargo forma vida en la cabeza.

Y sigo.
Cuarta etapa.
Exacta cronología de la tierra girando sobre sí. Observo.

En todas las cavidades y huecos
listas de significados inciertos, geografía de todos los rastros
de todas las cadenas explotando en el universo
como una fantástica exploración de la mente
frente al vacío. Huelo. Oigo.

Los tapetes y esquinas, configuraciones y estribos,
las tramas matemáticas, el punto del misterio
en la zona del centro más oscuro y veloz. Un hombre
impávido ante sí, busca gramaticalmente el agramático lenguaje
de lo desconocido. Desconcierto.

Y una nueva indagación, otro rayo de luz, otra
razón ulterior, más lejos. Y pienso. Posible. Sí.

Después viernes cordón, viernes fuga blanca,
aventura azul de un pensamiento
claro
cruzando el cielo.

Después malecón, blanca vela e intuición, viernes marea,
océano abierto
y por fin gramaticalmente cierto
portón.

Berbikí lartal, crepusculación partida
de un hombre buscando salida,
zonas hundidas, sombras que transportan luz
y espinas.

Hablo del milimétrico caos siglo a siglo,
como un acuerdo sin vista
o un torbellino balbuciente frente a lo negro.

Hablo del área palpa, agramática y desordenada,
de la parte narda irracional
neológica y bruta,
del impacto y la fiebre solitaria
sin sentido ni interpretación.

Todo se escurre y se desvanece, todo gira
como untado, sagaz o veloz.
Y quieren taparte los poros, los párpados
y agujeros de dentro. Te buscan en los rincones,
te cortan los muros con una triangulación de quilla,
con una boquetización de soplete,
volviendo tu tiempo instante a instante,
secreción.

No importa. Sigue. Mueve la lengua, ve yendo
descoyuntadamente como puedas, grita,
sigue tus dedos, asintácticamente tus encías
hasta dentro,
hasta lo más dentro de tu propio dentro.
No te dejes hacer.

Habla milimétricamente de tu fabuloso desorden,
respira tu asfixia playoral

y avanza.

Estuve aquí antes
pero ya me he ido,
fui hacia un punto que se alejaba,
hacia un olvido
y antes de llegar
había partido.

Perdido como estaba en el territorio de la duda,
sin tiempo ni explicación,
así, fosfórico, gota a gota, incongruente y extraño,
casi ajeno,
quise comprender lo fragmentario, incompleto, inútil
e insignificante, lo velocísimo e inmóvil,
inmensamente parcial.

Y lo hice como pude, con palabras rotas, a bocados y silbidos
desprovistos, casi con la uñas.
El arbusto probable que es, aquí, el límite
que saldrá,
esa valoración de lo destrozado y enfermo, a trozos humanos,
y ya por fin estando sin estar, adelante, presintiendo todo
lo que ya casi no es,
como un hacha silenciosa
fabricándose en la oscuridad.

Vengo de antes y voy a más después, me dije,
salgo de aquí camino adelante, confluyo en el esfuerzo,
deambulo una calle que gatea día y noche, dolor acre,
blanco como un hospital
ajeno al tiempo.

Hice lo que pude por entenderlo, brizna a brizna, boquete
a boquete, lo que no respondía a nada,
lo que no iba a parte ninguna, se escapaba veloz,
minúsculo, de principio a fin.

Iba así menisco a menisco, de fisura en fractura,
deambulando paso a paso, por un circuito de gatillos,
sin comprender. Tiemblo.

Una hormiga cruza una pared arrastrando una pregunta.

No sé cuál es. Perplejo.
Me toco la cara. Existo. Siento.
Y pregunto

¿qué es esto?

¿Hemos llegado ya?

¿Es esto el universo?

Sólo la vida es.
Todo es vida y sólo vida.
La muerte no es.
Tan sólo falta de vida.
La nada no nada.
No es más que una palabra
detrás de una garganta y un pulmón,
detrás de unas neuronas
en acción.
Y ser es ser más
desde la vida,
adelantarse a sí mismo,
pasarse, salirse de sí
hacia más vida.
Y el prodigio es lo real,
la energía en movimiento,
hacia otra salida
más cierta y viva.

Todo ahí, delante,
esperando ser descubierto y transformado
en mundo propio,
personal e intransferible,
instantáneo y vivo.

En este potente respiradero humano
de blancas paredes blancas
donde vivo,
por encima del blanco sufrimiento,
brilla una luz.
Y pienso en ti.
Recuerdo tu corazón dulce y bueno
cerca de mí.

Luce el sol. Amplio, gigantesco, majestuoso.
Brilla hipotalámicamente

con endorfinica fuerza y pasión.
Un sol hospitalario que va alumbrándolo todo,
moviéndose por el cuarto, rasgando
las sombras,
calentando calles y autobuses,
iluminando una por una
las células que quedan

por aquí.

Esto se forma a zancadas,
zapato a zapato,
tacón a tacón.
Esto circula y cruje,
se mueve y gira,
como una ilusión.

Esto, y aquello y también después,
de siglo en minuterio,
a golpes y gritos,
a susurros y latidos,
como una avalancha de vida
convertida en acción.

Total e incompleto,
rápido y lento,
incomprensible pero cierto,
instante a instante,
vibrando hacia delante
detrás del tiempo.

Ello crece a raudales, explota, fluye,
se vuelve enigma, pozo, salida,
micrométrico caos celular
sin explicación.

Primero una idea.
Luego un sentimiento.
Más tarde una emoción.
Después un deseo
como una leve esperanza liminal.

Y se vuelve cierto.

A ti

ventana abierta centella,
dintel capital,
espita bella,
válvula torrencial,
a ti.

A ti

que avanzaste mi maraña,
presencia l'oreal,
impulso d'Aquitania,
bastión.

Sombra d'umbría, magnético desvelado, fulgor,
que orientaste mi alma
a la luz del mediodía,

a ti, mujer,

clamor.

El milagro es la vida,
el prodigio lo real,
instante a instante,
carnal.

Se detiene el silencio
delante de la puerta
como una filtración en el recuerdo.

La piedra Clarita,
el buzón pintado, presente hermético pasado,
la huella etrusca inventada,
un lago fragmentario azul
apenas entreabierto.

El sistema d'Aquitania,
las flores del cuarto partido.

Y después,
fantásticamente zambullido entre el ruido,
palabras ocultas,
coriplón mojado, hermético, imparable a los ojos
e incipiente romero,
pesquisas d'ambrosía,
ruido somero,
primero.

Se detiene el sentido
delante de la puerta.
Descifro mi vida, descodifico sus electrónicas claves,
me interpreto y entiendo,
enigmáticos mensajes celulares,
puntos invisibles

que a mí sólo pertenecen
por dentro.

Sí.
El milagro es la conciencia,
la mente consciente
volviendo la energía cerebral

significación

Contemplo el hocico de perros antiguos
a lo largo del cristal.
Hoy ya es ayer, llueve dentro de mí
y la tierra vuela.

De nuevo un rebote de palabras
en este reborde instantáneo del plato.
Pienso: sí. Aquí y ahora como ayer y antes.
Escribo para seguir sin entenderme.

En las paredes y aristas, a lo largo del cristal,
incluso por fuera del tiempo,
sucede que nada sucede,
excepto en el recuerdo, algo
que no fuera yo y sí fueras tú,
sucediendo.

Observo el silencio cayendo en la memoria
a lo largo del cristal,
lloviendo.
Piel pegada a la carne, golpes terribles, tapetes,
quillas, sopletes, cicatrices,
y un trozo de cuello vivo enganchado a la cabeza
como una luciérnaga rabiosa,
para que respire el cuerpo.

De nuevo tú ya me fuiste, viniste de nuevo
a cambiar las letras de sitio,
como un lago fragmentario y azul, un sol negro,
un grito al descubierto o un hacha silenciosa,
cayendo.

Hoy ya es ayer
y siento por dentro
una maquinaria lujuriosa de gotas internas
resbalando en silencio.

Me muevo hacia ti, te busco en el cristal y en el suelo.
Caen cintas, trapos, trozos de alma que quedaron intactos
bajo el cuero
y también, escucha,
un trozo de aliento
de aquello que fuimos tú y yo
en el recuerdo.

Quise hablarte
y no podía,
acercarme a ti de lejos,
a trozos, por bandejas deslizantes,
con impactos seguros en la carne.

Fui hacia ti
por un universo ciego
de esquinas sin salida y números complejos,
recorriendo larguísimas partes de circuitos conductores,
traspasando capas, abriendo poros, cruzando sopletes negros
las rótulas enteras,
lo incomprensible incluso,
la noche helada también.

Una larguísima humedad
penetraba la tierra
y diciembre sonaba dentro
como una extraña elaboración animal.

Quise hablarte
y no podía,
desde el punto en suspenso donde vivo.

Fui hacia ti
casi a ciegas
por un silencio de invierno,
a través de las aristas, los cables ciertos
y blancos puntos de aluminio
que pude inventar.

Y así,
desde tan lejos,
a pesar de la distancia,
casi desde el recuerdo

llegué a decirte por fin, más,
más y más,

siempre más.

Dos de diciembre
y huele a sol.
Dos de Diciembre en Madrid,
brilla la luz.

La densidad del aire 96
se congrega alrededor
como un levantamiento cenital de sonido verde
o una torsión de cables invisibles.

Todo respira en Madrid
todo palpita y crece,
se unifica en las casas y portales,
discurre por las ramas,
se infiltra en las personas
como un desafío de aguas profundas
y color.

Detrás, una incógnita de largo recorrido
amasada celularmente punto a punto
por hombres buscando su interpretación.
Arriba y abajo, detrás y más allá,
suspendida la ciudad en un instante,
más sol,
luz de diciembre guadarrama,
frío,

algún trozo somnoliento de esperanza en el jardín
y pasión.

Sucede en un grito
como una garganta que se quiebra
o piel derrumbándose sin consuelo.
Sucede como una caída vertical e inmisericorde
de frutas rapidísimas.

Después,
más allá del punto cero,
la elemental grandeza de un imponente silencio,
sus plantas desaparecidas,
el rumor de sus garfios invisibles sobre el suelo.

Primero
un plano inclinado,
un trapo suelto velocísimo,
un soplo de vida
huyendo
en vuelo rasante.

Después
el filo del tiempo infiltrando los tejidos,
la muerte gateando
electrón a electrón
por la pacífica altura del cristal hospitalario,
y una presencia humana también, sí,
el calor de un ser viviendo,
su combustión celular, su corriente de ocaso,
su palpito mitocondrial final.

Después, más tarde,
una furiosa desbandada de ventanas,
raíces resbalando por un insondable territorio virtual,
como una gran pregunta
a punto de ser formulada,
ahí delante,
enigmáticamente

detenida entre los dientes.

¿Es cierto?

Te miro radiográficamente a los ojos
y a tu través
suena la tierra que habito
como un pandero.

Un trapo antiguo desciende a tu través
por el cielo,
cruzando silencios, pasadizos de vacío, precipicios encubiertos
y hay un movimiento
de largueros y traviesas
golpeando puertas,
estallidos verdes
detenidos en seco,
explosiones de hojas, poleas en acción, mecanismos furiosos,

luciérnagas y verdín olvidado
que a través tuyo
vuelve

radiográficamente a la memoria

si te observo.

Ando por las calles ausentes,
te miro al cuerpo sin verte,
y a tu través
detecto tus huesos distantes, cruzo visceralmente el tejido
de tu carne, tus rendijas esperadas, tus parajes y gatillos
y veo
un balneario azul
como un sortilegio montañoso o aparato de mar
que tu me recuerdas,
una cantidad de sal
que fuera ocurriendo en mí
lentamente

a través tuyo.

Te miro radiográficamente a los ojos
e interpreto el mundo que me encuentro
a tu través,
abierto,
con tus cuatrocientas partes multicolores,
tu microscópica lupa pensadora,
tus velas alemanas

y tu silencio.

Observo la acción del espacio
ocupando las aceras,
el lento circular de cañerías invisibles
a través del silencio.
Interpreto el instante que me toca vivir,
aquí en Madrid, a las cinco de la tarde
de un veinticinco de diciembre del noventa y seis.

Destaca una puerta abierta al sonido
y un período sin fin delante
en busca de sentido.
Una dinámica de frío
late en la oscuridad del cuarto.
Me funcionan los dedos.
Soy la temperatura que concibo.
Siento mis nervios aquí, debajo mío,
corriéndome por dentro como un hueco gigantesco
sin límites ni sombra.
Vivo. Respiro.

Fuera, en el parque del Retiro,
después del nocturno hocico negro,
luz de nuevo. Sol azul. Ruido
de seres instantáneos trasladando su sombra por la fierra.

Hace lluvia y sol, pisadas calientes y frío por delante
que nadie sabe interpretar.
Una trabazón de blancas escamas
suspendidas en el cielo
auguran la oscuridad vegetal.

Un instante más. Dos.
Luego
silencio suspendido, pulso, misterio,
todo inmóvil y en acción, detenido y quieto, ç
sin peso ni estructura,

discurriendo por finísimos
planos mentales camino de las cinco y cinco

entre la nada y el ser.